

presión de intensa luminosidad se desprende de sus obras.

Muy joven, pero consciente ya de su fuerza, creyéndose predestinado á la gloria y ardiente con el fuego de inspiración, quiso sacudir el yugo de la vanalidad y librarse de la rutina estrecha de las enseñanzas académicas.

Seguro de que la naturaleza sería su verdadero maestro abandonó á Milán para aislarse en las montañas de la Suiza y allí entregarse en cuerpo y alma á su vocación.

«En el silencio de la montaña su espíritu se comunicaba con la naturaleza trágica de los picos solitarios» y se hizo el pintor excelso de las alturas, tanto por la significación moral de la obra, como por su valor artístico.

Es extraordinario que el joven que escaló los Alpes, sencillamente é inculto, arrancase á la naturaleza, á fuerza de interrogarla, sus secretos más profundos y comprendiera el sentido íntimo de la vida con la amplitud de un filósofo y la clarividencia de un poeta.

Penetró, sobre todo, la relación misteriosa que existe entre los distintos aspectos del paisaje y el alma del hombre.

El que así sintió la naturaleza, no podía menos que interpretarla de mano maestra. Aunque paisajista, se complacía en pintar también los sencillos habitantes de la montaña.

Como Millet, comprendió el dolor de los humildes y la triste poesía de su vida.

En tema favorito de Segantini, la maternidad, ha inspirado el gran cuadro, «Las Dos Madres», obra maestra en la cual se han fundido en síntesis sublime la ejecución y la idea.

«El fruto del amor» es otro hermoso lienzo. En campos primaverales, inundados de luz, el árbol simbólico cobija una madre joven y ardiente que lleva en su regazo una dulce criatura de rosa y nácar. La reproducción dista mucho de hacer justicia á este bello cuadro. No va á la zaga á este «El

amor de las fuentes de la vida,» visión poética del matrimonio consagrado y bendecido por el cielo que sonrío á la tierra que florece.

No quiero dejar de hacer siquiera mención de la triple obra que preparaba Segantini para la Exposición Universal de 1900: «La vida,» «La naturaleza,» y «La muerte» digna coronación de su gran talento. La última tela llevaba un rótulo que hacía más triste aún el tético paisaje alpestre envuelto en nieve: «No concluido á causa de la muerte del autor.» En efecto, el alma del artista volvió al seno de su creador, derrepente, á la edad de cuarenta años, mientras pintaba en la Alta Engadina, en Septiembre de 1819.

El Jefe de los divisionistas, hoy, es Previati, personalidad original y poderosa que ha sabido imprimir á su obra un sello de maestría. Se dedica principalmente á asuntos históricos y religiosos.

Hay quien ha querido ver en él, el misticismo de los prerrafaelistas ingleses; su manera es, sin embargo, de pura procedencia italiana: lejos de imitar es singularmente sui generis.

Admiraremos muy en particular, el «Camino de la Cruz,» trabajo de gran aliento, donde en catorce cuadros de tamaño natural, la tragedia de la Redención, corre cual grito de dolor, desde el «Ecce Homo» hasta el «Gólgota.»

«La Asunción de la Virgen,» tríptico decorativo de alto vuelo y dimensiones colosales; composición soberbia; de colorido armonioso, donde predominan el oro y el azul, es uno de los lienzos más importantes de la colección.

El «Romeo y Julieta,» pintado en el fulgor de su juventud, antes que el misticismo monopolizase su espíritu, es quizá la obra más popular y humana de Previati. La pasión amorosa no ha tenido en Pintura más vibrante expresión.

BLANCA Z. DE BARALT.